

a esperar el encuentro mítico que podrá devolverla al tiempo que engendra temporalidad sin devorarse ni ser devorado, sustrayéndola a «la imagen horrenda y vacía de un tiempo destructor que nada contiene...» (71). Ella siente lo mencionado por el narrador antes de traerla al texto: lo corruptor de ese tiempo vacío que está siendo el suyo. Sus «aventuras» son tentativas —condenadas por anticipado— de llenarlo.

## El visionario. El legendario

No prevalecerá el narrador contra el texto; no prevalecerá siquiera contra su yo instintivo, contra la energía que desde más abajo de la conciencia motiva la escritura y produce sus giros. A las realidades de un yo limitado por las fronteras de lo visible, las empuja y supera la enigmática verdad de quien las trasciende.

Apunté ya la contradicción entre lo dicho por el narrador de la mujer que cree conocer y lo que sabe el lector al final de la novela. Expondré ahora el caso del penitente de la mina, actante en la narración como el menos discutible ejemplo de visionario. Como el Indio, se mueve unas veces en el ámbito de la cotidianeidad y otras en ambientes oníricos, delirantes y, en suma —otra vez—, misteriosos. Expresión, quizá, del conflicto entre los yos narradores, felizmente resuelto en el texto.

Valle-Inclán utilizó un procedimiento análogo: exponer con detalle lo relativo a un personaje (Isabel II, por ejemplo) y a renglón seguido desmitificarlo de un plumazo. Benet hace algo parecido, pero a la inversa: primero, el personaje en su ser «ordinario»; después, su transfiguración, simbólica o no. Cuando por primera vez se le menciona, el penitente es «un viejo borrachín que en los últimos treinta años había cambiado de empleo más de treinta veces» (129); su tarea es pegar fuego al grisú acumulado en la mina, antes de que los obreros comiencen a trabajar. Pero, se añade, tenía «alucinaciones y visiones escatológicas».

Primera nota de la melodía visionaria, modulada (detallada) en páginas ulteriores: en la 149 se precisa una visión concreta, la del Numa, «desnudo de cintura para arriba» y acariciado por una mujer a quien no conoce, que el lector identifica como la brabantona cuyo regreso espera la mujer de la fonda. Entra así el penitente en el mundo mítico custodiado por el Numa, sin por eso ausentarse del orbe de su oficio y beneficio: en ambos se mueve con idéntica naturalidad: en motocicleta o en la visión.

En las referencias al penitente el humor interviene: las visiones del gas ardiendo alcanzan a acontecimientos históricos y a incidentes grotescos, como el del patrón, Emilio Ruiz, arrastrándose hasta la cama de la mujer de la fonda. Este incidente (de que ya había constancia en el texto) y algún otro, como la destrucción por «ciertos compañeros de trabajo» (300) de la casa del médico, viudo de Mary, garantizan la exactitud de algunas visiones y, por inferencia, de todas.

Nada es gratuito; cada uno de los hechos concreta mejor la función del tipo. Para los fines de Cayetano «no pasaba de ser un mensajero» (301) y lo es, desde luego, en cuanto transmite noticias (de la destrucción de la casa del médico y del incendio del cobertizo de Cayetano). Mensajero también (pero de un mensaje secreto, ignorado por él mismo) cuando lleva a la mina el traje de agua amarillo que el Indio vestirá o revestirá luego. Por sus visiones premonitorias, revela, sin desvelar su sentido, la

actuación final del Indio. Al pegar fuego, en la penúltima página, a la bolsada de gas, lo ve «en una masa de ámbar», avanzando hacia él, «a través de una galería al rojo vivo, excavada en una montaña de símbolos eróticos» (328), traducidos y condensados en la página siguiente por el cuerpo desnudo de Leo, tendido en la espera. Y ve también, entonces, al patrón y al capataz esperándole a él, al visionario, para matarle. Visionario que, dadas las circunstancias, es literalmente iluminador e iluminado.

Con el Indio y con el Numa forma el gran triunvirato de lo fantástico novelesco en *Una meditación*. Numa, el velador de la zona sagrada, es seguramente la figura más enigmática del ciclo regionato y del supertexto benetiano. Sin entrar en un análisis que habría de ser extenso y detallado<sup>14</sup>, sí aportaré un par de citas. Las tomo del cronista remoto, por parecerme que describen fielmente la singular entidad del guardián de Mantua. Pitagórico, y según Pitágoras: «el primer principio del ser estaba más allá del sentido y del sentimiento, era invisible y no creado, *sólo discernible por la mente*». (Este subrayado y los de la frase siguiente son míos.) «A veces... insinuando [en las gentes] *vagos terrores* del dios, extrañas apariciones de seres divinos y *voces amenazadoras, someterá y humillará sus mentes por medio de temores supersticiosos*»<sup>15</sup>.

Su asociación con el Indio se sugiere así: el pueblo de Región considera al Indio «predestinado» a intentar la subida a Mantua (246). Jorge Ruán visita la cabaña del Indio y considera natural dialogar con el Numa, aún si desde niño (o por eso) ha oído hablar de los crímenes de ambos. A los dos les espera y ninguno llega.

Rector del otro mundo, integrante y determinante de la veta fantástica del texto, Numa no está solo; flanqueado por el Indio y el penitente preside una acumulación de leyendas que mantienen el flujo de la fantasía en la corriente general de la narración. Cargado de extrañas presencias, el espacio novelesco incluye aquella comarca de «tono pardocrystalino (...) donde las leyendas y maldiciones parecen cobrar una dimensión real y ejercer, de tarde en tarde, su influencia en la historia local» (150). Vivos y muertos (el Indio y su padre) dialogan como si en Comala, aquella sucursal del infierno. Voces misteriosas se oyen en la cueva de la Mansurra (161), y no falta un personaje de nombre incierto cuya metamorfosis —¿irónica?— le cambia de crítico literario en caga-perlas (255).

La cueva es el escenario de un encuentro erótico (Leo-Bonaval) liberador del miedo (136) y tiene en común con la gruta de los juegos infantiles (22) la presencia «natural» de las arañas, más los ornamentos que la imaginación les presta. Desde niños, los personajes viven sus propias leyendas: la de la anguila inmensa de la alberca (20); la serpiente de la gruta, no menos prestigiosa por no ser visible; la de la Sierra «y sus mitológicos habitantes» (23). Y las fantasías infantiles serán en la edad adulta «la inalcanzable fantasmagoría del deseo» (149).

---

<sup>14</sup> Juan Benet, en la introducción a la edición de bolsillo de *Volverás a Región* (Alianza Editorial, Madrid, 1974), primero publicada en *Revista de Occidente*, 2.ª época, n.º 134, reveló la existencia de una novela juvenil llamada *El guarda*. No sé si de ahí procede la narración incluida en *Del pozo y del Numa* (La Gaya Ciencia, Barcelona, 1978), indispensable para adentrarse en lo que el personaje es y representa.

<sup>15</sup> PLUTARCO: «Numa», VIII, 7-10 y 3-7. En *Volverás a Región*, Numa es el guardián de Mantua, que dispara y mata a quienes se aventuran en la zona prohibida. Y en el mito se le atribuye el poder de lanzar el rayo sobre la tierra. (Frazer: *The New Golden Bough*, parte 1.ª, párr. 139.)

Diferente de estas leyendas y fantasías, el pisodio del paisano de Bocentellas, se adscribe al espacio de la transgresión del orden natural. Sorprendido por la tormenta al regreso del mercado, se ve obligado a pernoctar en la fonda. Su llegada ocurre después de que las aguas se llevaron el puente por el que hubo de pasar para llegar a la posada, y a media tarde del día siguiente su cadáver es encontrado en el fango y llevado a la fonda; según la autopsia su muerte ocurrió entre doce y veinte horas antes de ser encontrado, esto es, mientras se hallaba en la casa, de que salió vivo bastante más tarde (144-146).

Situado en el orden de lo fantástico, al cual pertenece, este muerto-vivo o, mejor dicho, esta presencia de quien muere donde no está y duerme mientras la muerte le espera en otra parte, inserta en la trama un nuevo elemento de singularidad. Pues lo contado no es toda la historia. Todavía queda lo más misterioso que, según sugerí anteriormente, puede ser lo más iluminador.

Llevado el cadáver a la fonda, la mujer sin nombre (a quien Jorge Ruán y Emilio Ruiz desearon y tal vez poseyeron; la que solitaria espera el regreso de la brabanzona a quien el penitente vio entre las luminarias del gas abrazando al Numa), «envuelta en su bata negra», se encierra en la habitación del yacente, en quien se opera extraordinaria transformación: «en contra de lo común la muerte parecía haberle rejuvenecido y dignificado; una barba rala y parda, una piel menos surcada de arrugas y menos broncina, un pelo atusado por una mano samaritana que en un bucle infantil había sabido encontrar unos perdidos reflejos cobrizos, fueron bastante para emanciparle de su severo y grosero aspecto y devolverle a la casi imaginaria condición de pureza...» (146).

Cambio —acabo de decirlo— extraordinario, y más así en la continuación, en la línea que sigue, en el desplazamiento hacia otro sujeto, el (la) omnipresente en la conciencia de la mujer que sola (¿abandonada?) aguarda. Donde pone puntos suspensivos, tras un inciso que no hace al caso, la frase sigue: «...[condición de pureza] que ni siquiera tenía ya, desfigurado por el frenesí y los tintes, cuando llegó de Flandes» (147). Y quién llegó de allá (131), aportando nuevas formas de cópula; quién descendió a la cueva —Venusberg del texto—, donde se reveló como «su vestal más concupiscente» (162), fue la brabanzona.

Otro caso de metamorfosis. De la persona emerge la esencia de la juventud, el sueño, la obsesión o lo que sea, de la mujer de la fonda: «transformación (...) completada con las luces del alba, cuando del cuerpo yacente, por un breve instante, emergió el alma del joven rubio y puro, el estupefacto adolescente devuelto por el destino a la eterna consideración de su falta» (147). ¿Alucinación del personaje que, para negarla y liberarse de ella, la (lo) sujeta bajo la tapa del féretro que se precipita a clavar? La respuesta puede ser afirmativa y no por eso excluir otras lecturas. Por ejemplo, la que achacará la transfiguración a prácticas ¿mágicas? de la dueña de la fonda, atribuyéndole significación simbólica.